

NICOLAS BARREAU

La mujer  
de mi vida



NICOLAS BARREAU

La mujer  
de mi vida



Traducción de  
Carmen Bas Álvarez

  
ESPASA

# 1

**H**oy he visto a la mujer de mi vida. Estaba sentada en mi café favorito, al fondo, en una de las mesas de madera junto a la pared cubierta de espejos, y me sonreía. Por desgracia, no estaba sola. Un tipo condenadamente atractivo —debo admitirlo— estaba sentado a su lado y cogía su mano.

De modo que me limité a mirarla, a remover mi *café crème* y a rogarle al cielo que ocurriera algo.

Soy librero, ¿saben?, y cuando uno trabaja todos los días con libros, cuando uno ha leído tantas novelas como yo, en algún momento llega a la conclusión de que es posible que ocurran muchas más cosas de lo que en general se piensa. Puede que para algunos la literatura sea la forma más agradable de ignorar la vida, como escribió Fernando Pessoa en cierta ocasión. Pero en el fondo solo se desea ignorar la vida cuando esta ya no es como uno querría.

Yo creo que la literatura no tiene que dejar necesariamente el mundo fuera, delante de la puerta. ¡Al contrario! Muchas veces lo hace entrar dentro de nosotros.

Tal vez sea un romántico empedernido, pero ¿por qué no va a ocurrir en la vida real lo que alguien se ha inventado para escribirlo en un libro? La literatura puede ser un camino maravilloso hacia la realidad porque nos abre los ojos a todo lo que puede suceder. ¡A todo lo que puede suceder un día cualquiera!

Pensemos en el día de hoy. Al principio era un jueves de abril completamente normal. Ahora es el jueves más importante de mi vida. Me encuentro en estado de alerta. Estoy involucrado en una historia. En una novela —si así lo prefieren— de la que ignoro el final, porque, lamentablemente, yo no soy su autor.

Para empezar, por la mañana no oí el despertador, o sea que el día no tuvo un comienzo precisamente espléndido. Cuando estaba en la ducha sonó el móvil. Era mi amigo Nathan, que quería saber si iría con él por la noche al Bilboquet, su club de jazz preferido, en el que ha cantado la mismísima Ella Fitzgerald. El pelo me goteaba y le dije que claro, por qué no, luego hablamos. Nathan es una de las personas menos complicadas que conozco: las chicas le persiguen en manadas y las noches con él son siempre muy divertidas.

Me bebí un *espresso* de pie, eché un rápido vistazo al periódico y luego me puse en camino hacia la librería. Había llovido y parecía que acababan de limpiar las calles. Por la mañana no hubo mucho trabajo y Julie y yo cambiamos la decoración del escaparate.

Julie es mi socia en la Librairie du Soleil y una auténtica (y atractiva) reina de los consejos.

¿Tiene usted algún problema con su suegra? ¿Quiere poner de una vez orden en su vida? ¿Su novia se ha largado con su mejor amigo y usted está a punto de suicidarse?

¡No se preocupe! Simplemente pásese por nuestra pequeña librería de la Rue Bonaparte y pregunte por Julie. Ella le dará, sin duda, el mejor consejo para cualquier problema.

Y ese es precisamente el motivo por el que nunca he podido enamorarme de Julie, a pesar de que, con su pelo negro recogido y su encantadora sonrisa, recuerde a una joven Audrey Hepburn.

Una mujer que tiene una solución para cada problema me da, en cierto modo, miedo. A diferencia de mí, Julie tiene su vida bajo control. Confía en sí misma. Siempre tiene un plan. Y, naturalmente, también tiene un hombre.

Queda Antoine, o sea yo, treinta y dos años, propietario de media librería y sin ningún plan. Un hombre que aprecia los libros buenos tanto como la len-

cería bonita y que solo recomienda a sus clientes las novelas que a él mismo le gustan.

En realidad hoy debería haber aprovechado sin falta la pausa de mediodía para llevar las camisas a la lavandería y hacer algunos recados. Por la mañana en mi nevera solo quedaban un trozo de queso de cabra y tres tomates, lo que es bastante escaso incluso para un tipo soltero como yo. Pero, entonces, después de un breve chaparrón de abril volvió a salir el sol, las gotas del cristal centellearon en todos los colores, Julie dijo: «¡Mierda, ahora tengo que volver a limpiar el escaparate!», y de pronto se me quitaron las ganas de hacer recados.

—Voy al Flore a tomar un café —le dije a Julie, que estaba descalza en el escaparate colgando el cartel de la presentación de un libro. Julie frunció sus bonitos labios. No le gusta demasiado el Café de Flore. Como casi todos los parisinos, evita los locales a los que acuden los turistas. En ese sentido es una auténtica esnob. Pero yo crecí en Arlés y llegué a París con diecisiete años, tal vez por eso no tenga un miedo tan terrible al contacto con las atracciones turísticas.

Me gusta ir al Flore, el café es fuerte y bueno, los camareros imperturbables y la *tarte tatin* no está nada mal si a uno le gusta la tarta de manzana caramelizada que apenas se reconoce como tal.

Bueno, sí, admito que también me gusta la idea de sentarme en un café que en otros tiempos fue

punto de encuentro de literatos... *a pesar* de los mochileros que también quieren respirar el espíritu de Simone y Jean-Paul y de las jóvenes y sonrientes japonesas que, después de ir de compras, entran en el local con cientos de elegantes bolsas de colores en la mano como una bandada de pájaros exóticos y se hacen fotos unas a otras.

Así que cuando esta mañana llegué al café, pasé por delante de los camareros, de la vitrina de las tartas y de las mesas de madera, para subir por la escalera al primer piso —allí se suele estar más tranquilo que abajo—, todavía no imaginaba nada de lo que iba a ocurrir. Tampoco presentí nada cuando, con un rápido vistazo, vi que mi mesa favorita, la del rincón del fondo, estaba ocupada. Alguien estaba sentado allí detrás de un periódico, y yo me instalé en otra mesa, pedí un café y dos cruasanes y hojeé un pequeño librito de Éditions Stock, una novela romántica moderna que, si se daba crédito a lo que la editorial afirmaba, tenía el ritmo de una *chanson* francesa.

Frente a mí alguien plegó el periódico con un callado crujido del papel y lo dejó a un lado, y cuando miré hacia el banco de cuero en el que en realidad debía haberme sentado yo, casi me da un ataque.

¡Dios mío, un ataque! Esta expresión suele emplearse con mucha ligereza. Pero eso fue justo lo que sucedió, y espero que disculpen que no se me

ocurra nada más poético u original para describir ese mágico instante en el que el tiempo adquirió para mí una nueva dimensión, un ángel me rozó con su ala y el mundo quedó reducido a apenas diez metros cuadrados.

Una joven con una larga cabellera color miel estaba sentada allí como recién caída del cielo y me miraba con sus enormes ojos marrones. Unos ojos marrón claro en los que parecían brillar diminutas partículas de oro.

Sonrió brevemente y su mirada se fijó en mí más de lo necesario. ¿O solo me lo pareció a mí? Noté frío y calor a la vez. Casi se me cae el libro de las manos. Aunque no me habría importado. ¿Qué hacía yo con una novela que era como una *chanson* cuando mi propia vida empezaba a moverse a ritmo de samba?

Allí estaba ella. La mujer de mi vida. ¡Así de fácil!

Puede sonar bastante extraño, pero aunque no había hablado todavía una sola palabra con ella, sabía que esa era la cara que, sin saberlo, yo siempre había imaginado y buscado cada vez que rompía con una de mis novias.

Agarré con fuerza mi pequeño libro. Miles de ideas se me pasaron por la cabeza. Tenía que hablar con la belleza de la mesa de enfrente. Pero... ¿cómo?

¿Qué demonios se dice en una situación así?

—Hola, soy Antoine. No piense que estoy loco. No nos conocemos de nada, pero es usted la mujer de mi vida.

Ridículo.

—Disculpe... pero su cara me suena. ¿Nos conocemos?

La forma de establecer contacto más vieja del mundo. Nada original y demasiado simple.

—¿Le han dicho alguna vez que tiene unos ojos preciosos?

¡Venga, eso solo se dice cuando a uno no se le ocurre otra cosa!

Yo no suelo tener pelos en la lengua y he seducido a más de una chica con palabras bonitas, pero esto... Esto era otra cosa, y el miedo a decir algo equivocado y echarlo todo a perder me hacía desechar todas las frases que se me ocurrían.

—*Voilà, monsieur!* —El camarero se acercó y dejó ante mí una pequeña bandeja de plata con unos cruasanes, leche caliente y café, mientras su mirada profesional buscaba con rutina las mesas que se habían quedado libres y debía recoger.

Entretanto la mujer de mi vida vació con delicadeza un sobrecito de azúcar en su *jus d'orange*. En ese momento me habría gustado besarle sus preciosos dedos uno a uno.

Como si hubiera leído mis pensamientos, apoyó los codos en la mesa, chupó unos granitos de

azúcar de su dedo índice y volvió a mirarme. Una cadena de delicadas bolas de cristal y oro osciló sobre el escote de su ajustado vestido negro y atrajo mi mirada hacia el inicio de los dos pechos pequeños y redondos que se marcaban bajo la tela. Un par de diminutas pecas adornaban su piel de seda, y no pude evitar imaginar lo maravilloso que debía de ser poder quitarle el sujetador y sostener en mis manos esos dos blancos y suaves pichoncitos. Tragué saliva, alcé la mirada de nuevo y sentí que me había pillado in fraganti. Sus ojos brillaron divertidos cuando nuestras miradas se volvieron a cruzar. Luego su boca roja esbozó una amplia sonrisa.

Yo también sonreí, intentando parecer lo más simpático, inteligente y entrañable posible.

Julie siempre dice que cuando quiero me parezco un poco a Brad Pitt. Eso me animó. En realidad soy un tipo atractivo, más bien con cierta pinta de golfo, pero eso gusta a muchas mujeres. Me puse de pie y respiré hondo.

Ella miró alrededor, expectante.

«¡Venga, di algo, idiota! —me ordené a mí mismo con severidad—. ¡Acércate y habla con ella!». De pronto se me secó la boca. Di un trago de café demasiado largo y me quemé la lengua. Maldiciendo en voz baja, dejé la taza en el plato. La porcelana tintineó como una orquesta sinfónica tocando a Stockhausen,

y el café se derramó. ¡Lo que faltaba! ¡Qué imagen tan penosa!

Ella se tapó la boca con la mano. Se rio.

Mientras limpiaba con la servilleta una pequeña mancha de la mesa, le sonreí con gesto de disculpa. Me habría gustado aclararle que no siempre soy tan torpe e inepto. Esa mujer me ponía más nervioso que cualquier otra, estaba claro. Aunque a ella no parecía importarle. Jugueteeó enredando un mechón de su pelo color miel en el dedo índice y dejó pasar el tiempo.

¡Dios mío, lo que habría dado por un cigarrillo! Busqué de forma instintiva mi cajetilla. Entonces me acordé de la maldita prohibición de fumar. ¡Era totalmente perversa! Quiero decir que el café y el tabaco son dos cosas que en el mundo occidental van siempre juntas, así de sencillo. Esa ley va a cambiar nuestras costumbres, toda nuestra cultura. ¿Ha pensado alguno de los responsables de ahí arriba lo que significa para un hombre locamente enamorado estar en un café y no poder fumar? ¡Es inhumano!

«¡Deja de filosofar, cobarde! Pregúntale de una vez si puedes invitarla a un café», me apremió mi voz interior.

«¿Querría-tomar-un-café-conmigo-querría-tomar-un-café-conmigo-querría...?». La frase dio vueltas en mi cabeza como un tiovivo hasta que casi me mareé. Y entonces, un instante antes de que las mal-

ditas palabras dieran por fin el salto a la realidad, la mujer de mi vida se puso de pie brevemente y saludó con la mano.

Por desgracia su saludo no iba dirigido a mí. Por el rabillo del ojo pude ver cómo un hombre alto y moreno se dirigía con decisión hacia la mesa donde estaba sentada mi preciosidad. Parecía el profesor Severus Snape cuando tiene un buen día.

—*Ça va, ma belle?* —La abrazó antes de sentarse frente a ella y lanzar con descuido su chaqueta de cuero marrón sobre una silla.

*Ma belle?* Observé con rabia al intruso, que por desgracia no se percató de las malvadas miradas que taladraban su espalda.

Me habría gustado retorcerle el cuello a ese canalla. ¡Entrar aquí así, sin más! ¡En mi gran momento! Para mi desgracia tuve que ser testigo de que la mujer de mi vida veía las cosas de otro modo. Hablaba y reía, y yo había quedado ya olvidado. ¡Así son las mujeres!

Snape le cogió la mano. Ella le miró fijamente a los ojos, con mucho cariño, en mi opinión, y yo me hice de pronto una idea de lo que debe de sentir uno al quemarse en el infierno.

¡No podía ser! ¡No *debía* ser así! ¿Es que iba a resultar que ese tipo era *su* marido? Con una mirada desesperada examiné las manos de los dos y suspiré aliviado. ¡Menos mal, no llevaban alianza! Eso no

significaba nada, pero era mejor que si hubiera sido al contrario. Tal vez fuera un amigo, deseé fervientemente que solo fuera *un* amigo. Tal vez un amigo gay...

Me parapeté detrás de mi libro como un detective privado, hice como si estuviera leyendo, pasando una página de vez en cuando, me metí un trozo de cruasán en la boca y los miré con desconfianza.

Por desgracia, no podía entender nada de lo que decían porque justo a mi lado se sentaron dos amigas que hablaban a voz en grito sobre no sé qué estúpidos zapatos. Luego sobre sus novios. Luego sobre el viaje que una de ellas iba a hacer en verano a las Maldivas.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado, probablemente no fue ni siquiera un cuarto de hora, pero a mí me pareció una horrible eternidad. Por fin mi rival se agachó y sacó algo de su maletín. ¡Fotos! ¿Fotos de unas vacaciones?

Mi preciosidad soltó pequeños grititos de entusiasmo mientras veía las fotos. ¡Traidora! Pero a pesar de todo... ¡qué traidora más adorable! Cuando le devolvió las fotos al tipo y este se agachó para volver a guardarlas en su maletín, me regaló de nuevo una mirada traviesa y una sonrisa realmente encantadora. El libro tembló en mis manos. Ese juego sin palabras me ponía enfermo. Tenía las manos atadas. Estaba anclado en el tiempo como un sonámbulo

a la luz de la luna. Y con eso estamos otra vez al principio de mi pequeña historia.

No... no del todo.

Me limité a mirarla, a remover mi *café crème* y a rogarle al cielo que ocurriera algo.

Y entonces pasó algo.

La mujer de mi vida se puso de pie y se fue al baño.

Cuando volvió, me hizo un breve guiño y con un rápido movimiento dejó caer una tarjetita en mi mesa. En ella se veían —escritos a toda prisa con tinta azul— un nombre y un número de teléfono. Nada más. Mi corazón dio un salto de alegría. Y así empezaron las veinticuatro horas más excitantes de mi vida.